

## EL OTRO MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Una gran cantidad de trabajos sobre el movimiento estudiantil mexicano han enfocado su análisis en el año de 1968, destacando su carácter coyuntural y opacando sus rasgos genético-estructurales. Este libro pertenece a la segunda vertiente de análisis, que Sergio Zermeño, José Woldenberg, Mario Huacuja y otros, han explorado con buenos resultados. Los autores señalan las determinantes estructurales que consideran centrales para entender el descontento estudiantil: las características de la política económica estatal desde los años 50, de los mecanismos de dominación política, y de la organización universitaria.

Se divide en tres grandes etapas al movimiento estudiantil del país después de la revolución de inicios de siglo: la *oligárquica*, (décadas de los años 20 y 30) la *estatizada* o de control estatal (décadas de los años 40 y 50) y por último la *independentista* (que comprende toda la década de los 60's hasta mediados de la siguiente)

La tercera etapa se aborda dividida en dos fases consecutivas: *la democrática* y *la radical*. La cúspide de la primera es el movimiento de 1968, que no fue un rayo en día sereno, múltiples luchas lo anunciaron: en ellas los estudiantes fueron rompiendo con el control estatal. Pero el centro de atención del libro es la fase *radical*, según los autores poco comprendida y mal analizada.

Un suceso considerado clave para entender la politización de los estudiantes universitarios es la lucha ferrocarrilera de 1958-1959 por conquistar la autonomía sindical y enfrentada por ello a la estructura corporativa estatal, lo que provocó su represión. A partir de entonces la izquierda no oficial centró su actividad en las universidades oficiales, en donde junto con otros sectores impulsó luchas democratizadoras, entrando en conflicto con los núcleos retardatarios o conservadores enclaustrados en su seno. Se expone abundante información sobre tales batallas escenificadas en diversas universidades: la Nacional de México (UNAM) la de Sinaloa (UAS) la de Nuevo León (UANL) y la de Puebla (UAP) cuyo desenlace tiende casi siempre a ser favorable a los grupos reformadores.

La Universidad Michoacana se distingue de otros centros educativos, en que hacia fines del gobierno cardenista implantó una Ley Orgánica que otorgó representación paritaria a estudiantes y maestros en el Consejo Universitario; en 1961 otra Ley Orgánica introdujo cambios referidos a la elección de autoridades y al aspecto académico, impulsados por el Movimiento de Liberación Nacional, el Partido Comunista (PCM) y el Partido Popular Socialista. Este proceso culminó en la elección de Eli de Gortari como rector.

Este experimento democratizante se frenó de 1963 a 1966 por corrientes opositoras-intra y extra universitarias. Durante el primer año, se provocó la renuncia del rector ELi de Gortari y se expidió una Ley Orgánica "que terminó con el gobierno universitario y puso en manos de una junta de gobierno la designación de autoridades": en 1966 una protesta estudiantil produjo la ocupación militar del colegio de San Nicolás (sede de la universidad) desaparecieron los últimos vestigios progresistas en su estructura de gobierno; así como las casas de estudiantes incorporadas a dicho centro de estudios.

Diferente es la evolución de los sucesos en las demás universidades, en donde los sectores renovadores ganan terreno para instaurar sus proyectos: como es el caso de la Universidad de Puebla, en donde surgió en 1961 un bloque reformador que incluyó; desde liberales priistas, hasta organismos de la izquierda no oficial, vinculados a luchas populares, (como la de los campesinos en 1964 que provocó la renuncia del gobernador poblano). A lo largo de una década un joven núcleo magisterial en unión con el sector estudiantil universitario encabezó la democratización universitaria.

El libro destaca que la movilidad espacial de los miembros de la Central Nacional de Estudiantes Democráticos, la Juventud Comunista adherida al PCM y La Liga Comunista Espartaco, salvando inmensas distancias geográficas entre ciudad, entre región y región, favoreció un intenso intercambio de las ideas, proyectos y experiencias de las dirigencias estudiantiles en cada universidad.

Para 1968, gran parte de los movimientos estudiantiles se hallaban dirigidos por la izquierda no oficial, lo cual provocó la hostilidad de las autoridades públicas. Después de ese año el descontento estudiantil ascendió notoriamente en varios estados del país pero comenzó a declinar, debido a la represión, en el Distrito Federal. En 1971 los estudiantes de Nuevo León enfrentaron la Ley Elizondo de reforma universitaria, interviniendo el gobierno del presidente Echeverría para implantar una Ley Orgánica que garantizara la autonomía de la institución. A partir de este momento según los autores, comenzó la *etapa radical* de la lucha estudiantil en las universidades con conquistas democráticas: Nuevo León, Sinaloa, Puebla y Oaxaca.

El radicalismo estudiantil surge según los autores por los siguientes motivos:

- 1) la desaparición de la hostilidad externa a las universidades, dado que el régimen echeverrista se cuidó de respetar su autonomía e incrementó los subsidios federales; reglas violadas durante el sexenio díaz-ordacista;
- 2) y el agotamiento de los objetivos democratizadores en su interior. Una fracción de los radicales abandonó las escuelas para integrar las guerrillas urbanas, pero otra permaneció en las universidades dando origen a situaciones muy tensas en su interior.

El caso de radicalismo que más se profundizó es el del grupo "Los enfermos" en Sinaloa, el cual conformó "un auténtico movimiento de masas" con un programa y organización notorios. Los jóvenes de las casas de estudiantes y los preparatorianos fueron la base social de "los enfermos", grupos confrontados con otros clubes de activistas (la JC, "Los chemones", etc.) en pos del control de la universidad sinaloense.

De 1972 a 1974 tal grupo realizó acciones violentas en contra de sus opositores y siguió tácticas insurreccionales para trascender el marco universitario y levantar una rebelión popular; concebían a la universidad como una fábrica en donde los estudiantes eran explotados como los obreros (razón suficiente para promover su destrucción) llegando al absurdo de solicitar subsidio a las autoridades universitarias para consumir sus acciones.

La destrucción o debilitamiento de las alianzas entre los grupos reformadores en las universidades de Sinaloa, Nuevo León y la Nacional de México crearon anarquía y confusión, dado que competían entre sí para obtener puestos administrativos e imponer sus directrices en la conducción de los centros de estudios. Más que una culminación de los provecos democratizadores se dio una reforma universitaria inconclusa por las pugnas de sus impulsores.

La universidad poblana es la única con una elevada homogeneidad ideológica y política impulsada por una comunidad magisterial joven, que en su mayoría proceden de otras universidades. Sector que ha modernizado la institución con gran apoyo de la comunidad estudiantil, evitándose así los excesos radicalistas acaecidos en Sinaloa o el vuelco conservadurista del gremio profesional en la universidad neolonesa.

El reflujo del movimiento estudiantil a mediados de la década de los 70 provoca la aparición del sindicalismo universitario impulsado por exlíderes estudiantiles y miembros de grupos políticos (como el PCM) Este sindicalismo expresa la consolidación de un sector profesional universitario con intereses gremiales y económicos bien definidos.

A pesar de sus méritos de análisis, a mi juicio, el libro contiene algunas fallas teóricas, metodológicas y de información. Por lo que toca a estas últimas, proporciona fechas inexactas de eventos trascendentes (la realización de la 1a. Conferencia Nacional de Estudiantes Democráticos no fue en 1964 sino en 1963) deja de lado en su análisis el movimiento de la Universidad de Guerrero, tan importante como el de Oaxaca, que sí aborda; mientras que no alude al movimiento médico de 1964-1965, realizado por profesionistas egresados en su mayoría de la UNAM.

Por otra parte se oscurece la identidad de los grupos que protestan contra el autoritarismo político y el conservadurismo ideológico de la clase gobernante, frenados en sus impulsos democratizadores por una densa red de controles corporativos estatales sobre la sociedad civil, y que están constituidos por los sectores medios surgidos de los procesos de industrialización y urbanización acelerados en México, a partir del régimen Cardenista.

Tal circunstancia provoca que se juzgue a la protesta estudiantil solo como expresión de la inconformidad popular y no como una demostración más avanzada del descontento de los sectores medios. Como consecuencia se incurre en una tautología al afirmar que: "aunque el movimiento del 68 expresó necesidades sociales no sólo estudiantiles, no logró incorporar a otros grupos sociales importantes, y en su base activa quedó reducido a los universitarios".

Lo anterior influye para que la *Fase radical* del movimiento estudiantil se considere más *avanzada* que su *fase democratizante*. El radicalismo expresa un exceso voluntarista de cambio, una honda crisis de autoridad al interior de las univer-

sidades, y la imposibilidad de los grupos reformadores para reconstruir el gobierno de las mismas en términos no autoritarios ni paternalistas.

Enrique de la Garza, *et. al.*, *El Otro Movimiento Estudiantil*, México, Ed. Extemporáneos, Colección A Pleno Sol, 1986.

Jesús Aurelio Cuevas Díaz\*

\* Alumno de Sociología de la F.C.P.y S., UNAM.